



XI

La causa que en vano buscaba Alberto, para justificar, digámoslo así, aquel disfraz, bajo el cual se le había presentado Teodoro, ya la conocen nuestros lectores, por la carta que la señorita Magdalena de Maupin escribía á su amiga Graciosa.

En la carta siguiente, explica también porque circunstancias había conocido á Rosita, y de que había nacido el amor que esta le profesaba.

La carta decía de este modo:

Amiga mía. En mi anterior te había prometido la

continuación de mis aventuras, pero soy tan peregrina para escribir que es necesario que te quiera como á las niñas de mis ojos, y que comprenda lo curiosa que estarás por conocer el resultado de mi extraña peregrinación, para que me decida á sentarme delante de la mesa con una hoja de papel en blanco debiéndola llenar para satisfacer tu curiosidad.

Si no fuera por las ochenta leguas que nos separan, creeme que montaría á caballo para ir á decirte verbalmente lo que con estas patas de moscas no tengo más remedio que referirte.

Pero, esta distancia es enorme para que yo pueda franquearla con la brevedad que quisiera, y después que con el traje que visto no podría aproximarme hasta tí y emprender la vida familiar que llevamos en otro tiempo, cuando eramos niñas, tan sencillas y tan inocentes.

Puedes creer que si alguna vez me decido por recobrar mi traje de mujer será únicamente por el placer de ir á verte.

Según te decía en mi anterior, salimos mis compañeros y yo de aquella famosa posada, donde pasé una noche tan mala y donde mi virtud estuvo á punto de naufragar.

Mis compañeros elogiaban la hermosura de mi caballo, que efectivamente es de raza y uno de los mejores corredores.

Esto me halagaba y para demostrarles que era un jinete digno de tan buena cabalgadura obligué al caballo á hacer toda clase de escarceos, le hice

saltar una valla bastante alta y después le lancé á galope, en términos que no me pudieron seguir. Después le hice regresar y cuando llegué cerca de ellos, hice detener en seco al caballo, lo cual me valió los mayores elogios.

No quiero cansarte con la descripción de los lugares que recorrimos, de las posadas donde hicimos alto, ni de todos esos incidentes que aún en el viaje más sencillo se suelen presentar.

Por lo tanto te diré únicamente que uno de mis compañeros; precisamente el que durmió conmigo la primera noche, simpatizó de tal manera conmigo que casi constantemente llevaba su caballo junto al mío.

Ya te he dicho que no era mal mozo, y debo añadirte que era muy instruido y muy agradable su conversación.

Únicamente desbarraba cuando hablaba de las mujeres y entonces te aseguro que de muy buena gana le habría arrancado los ojos que acompañaban sus palabras con miradas desdeñosas.

Pero como comprenderás tenía que seguir representando mi papel, y hasta asentir á lo que decía.

A los dos ó tres días de viaje me invitó para que le acompañase á ver una de sus hermanas que había enviudado poco tiempo antes y que habitaba en un castillo próximo en compañía de una de sus tías.

Procuré excusarme del mejor modo posible, pero me indicó que consideraría mi negativa como un desaire y no tuve más remedio que ceder.

Una vez que llegamos al sitio que creyó conveniente para la terminación de su viaje, nos despedimos de nuestros compañeros, que se fueron por un lado mientras nosotros nos alejábamos por el opuesto.

Tras algunas horas de marcha, llegamos por fin al lugar de nuestro destino.

Un foso bastante ancho, pero que en lugar de agua estaba lleno de una vejetación exuberante, separaba el parque del gran camino que conducía al edificio salvándose este canal en seco por medio de un puente de un arco.

Una alameda de olmos conducía á una especie de plazoleta, tras de la cual una especie de bóveda formada por la unión de las copas de los árboles, se llegaba al castillo.

Un gran parterre se extendía delante del edificio.

Cuatro ó cinco perros acudieron á nuestro encuentro ladrando y saltando alrededor de mi amigo y poco después acudió un criado, mitad labrador y mitad palafrenero, que cogiendo nuestros caballos por la brida se los llevó á la cuadra.

Fuera de este individuo solo ví una aldeana que asustada había echado á correr ocultándose entre el bosque.

Fuera de esto, á nadie más vimos, ni en las ventanas apareció nadie tampoco, pudiéndose creer que el castillo estaba deshabitado.

Ibámos subiendo los primeros escalones que conducían al vestíbulo, cuando nos pareció percibir

rumor de puertas que se abrían y se cerraban, como si alguna persona viniese á nuestro encuentro.

Efectivamente, una bellísima jóven apareció en lo alto de la escalera y se arrojó en los brazos de su hermano exclamando:

—¡Gracias á Dios que has venido!

Después se volvió hácia mí, se verificó la presentación por parte de Alcilciades, que así se llamaba el hermano de la joven, dirigi á esta alguna galantería y hablando de este modo entramos en una sala baja cuyos muros estaban decorados con tapices de Flandes.

Una vez en aquella estancia, dijo la joven:

—Voy á advertir á mi tía de vuestra llegada.

—No tengas prisa—la dijo su hermano—sientate y hablemos un poco. Ya te he dicho que este caballero llamado Teodoro de Serannes, pasará aquí algún tiempo, debiendo añadirte que no tengo necesidad de recomendarte que procures hacerle lo más agradable su estancia entre nosotros porque él se recomienda así mismo.

La joven inclinó la cabeza en prueba de asentimiento, y se empezó á hablar de otra cosa.

Durante la conversación pude contemplar atentamente á la hermosa viuda.

Podía tener de veintitrés á veinticuatro años y el traje de luto no la sentaba muy bien, debiendo añadirte que ni tenía el aspecto lúgubre, ni demostraba estar muy afligida.

No sé si había llorado mucho á su difunto esposo, pero si lo había hecho sería con gran disimulo por-

que el pañuelo de finísima batista que llevaba en la mano estaba completamente seco.

Tampoco estaban enrojecidos sus ojos. Por el contrario eran los más claros y los más brillantes del mundo y en vano se hubiera buscado en sus mejillas las huellas por donde debieron pasar las lágrimas.

La verdad era que aquella joven era bellísima y que no demostraba haber sentido mucho la pérdida de su esposo.

Después de haber descansado breves momentos, nos dirigimos á las habitaciones de la tía de mis amigos.

La encontramos en un gran sillón con un taburete á los pies y á su lado un perro tan viejo como ella, que nos acogió con un gruñido poco satisfactorio.

Una mujer vieja me ha causado siempre horror. Mi madre murió muy joven y si me hubiera vivido al verla ir envejeciendo lentamente y deformarse en una progresión casi imperceptible sus facciones, me habría acostumbrado.

Pero, como desde mi niñez me había visto rodeado por figuras jóvenes y sonrientes siempre había tenido una gran antipatía por los ancianos.

Sin embargo, la anciana tía de mis amigos había conservado de su antigua belleza algunos detalles severos y majestuosos que la ponían á cubierto de esa fealdad que parece ser un patrimonio de las mujeres que no fueron más que bonitas.

Su traje aún cuando antiguo no era ridículo y se

harmonizaba perfectamente con lo severo de su figura.

La anciana nos recibió con ese agrado y esa cortesía que es el patrimonio de aquellas personas que han vivido mucho tiempo en el gran mundo y en íntimo contacto con la corte.

Parece que la fué simpático desde el primer momento, me estuvo mirando atentamente, después tembló una lágrima entre sus párpados que fué deslizándose por sus mejillas hasta empaparse en el cuerpo de su vestido.

Esta lágrima la justificó diciendo que me parecía á un hijo suyo que había muerto en la guerra.

A caso de esta semejanza real ó imaginaria, mientras permanecí en el castillo fuí tratado por la buena señora con un cariño verdaderamente maternal.

No te contaré detalladamente y día por día cuanto hice en el castillo limitándome á referirte lo más importante.

Mi natural ligereza me hizo cometer una imprudencia de la cual me arrepiento, porque con ella hice nacer en un alma buena y hermosa un sentimiento que no pude satisfacer sin descubrir lo que soy, comprometiéndome gravemente.

Para tener perfectamente el aire de un hombre y entretenerme un poco le hice la corte á la hermana de mi amigo, así es que la colmaba de galanterías y hacía con ella lo que había visto muchas veces hacer con nosotras.

Si iba á pasar de una habitación á otra galantemente la ofrecía mi mano, si subía á caballo le tenía el estribo, en el paseo iba constantemente á su lado y por la noche ó leía alguna cosa agradable ó cantaba con ella.

No puedes imaginarte lo que yo me reía después cuando estaba sola en mi habitación.

Alcibíades y la anciana marquesa parecían ver esta intimidad con agrado y muchas veces nos dejaban solos y te aseguro que verdaderamente sentía no ser un hombre para aprovecharme, porque si lo hubiese sido ten por seguro que lo hiciera sin gran trabajo, puesto que mi hermosa viuda parecía haber olvidado por completo al difunto ó si se acordaba de muy buen grado hubiera sido infiel á su memoria.

Sosteniéndome con alguna destreza, yo creía poder llegar hasta el fin del mes que debía de pasar en el castillo y retirarme con promesa de volver, aún cuando no lo hiciera, suponiendo que Rosita después de mi marcha se consolara olvidándame bien pronto.

Pero jugando de este modo se despertó una verdadera pasión y las cosas sucedieron de otro modo lo que justifica muy bien aquel proverbio: de que con el fuego y con el amor no se puede jugar.

Antes de haberme visto, Rosita no conocía el amor.

Se había casado muy joven, con un hombre mucho más viejo que ella, y respecto al cual no podía sentir sino una especie de afecto filial.

Quizás hubiese sido galanteada por más de un caballero, pero la verdad es que no tuvo ningún amante, ya fuese porque los galanes que la tributaban sus obsequios no fueran de su gusto, ya, y esto es lo más probable, porque su hora no había llegado todavía.

Pero cuando yo llegué al castillo todo cambió.

Creía al principio que si con ella me hubiese mantenido entre los estrechos límites de una política, quizás ella no hubiese fijado su atención en mí.

Pero sin embargo, por lo que ví después me ví obligado á reconocer que esta suposición aunque muy modesta era completamente gratuita.

El destino de Rosita era amar una vez sola en su vida y amar un imposible.

Yo he sido amada Graciosa, lo cual es siempre muy agradable aunque no lo haya sido sino por una mujer y aún cuando en un amor semejante exista algo de penoso que no debe encontrarse en el del hombre.

Pero de todos modos es siempre muy agradable poder decir cuando uno se despierta en medio de la noche: «Hay alguien que piensa en mí».

Desgraciadamente yo no puedo corresponder á ese pensamiento del modo que debería.

Por más que mis ideas, que mis costumbres, que

esta energía y estos hábitos viriles que he adquirido, me dan el aspecto de un joven atrevido y entusiasta, el fondo es femenino, soy siempre la mujer, vestida de hombre, la forma exterior para seducir á una mujer, la forma interior impotente para satisfacer las legítimas aspiraciones de su amor.

En mi intriga con Rosita hay algo de extraño, de cómico que me divertiría si la pobre viuda no lo hubiese tomado en serio.

¡Qué riquísimo, tesoro de perfección, completamente perdido!

¡Qué de perlas blancas y transparentes como jamás las encontraron los buzos en el fondo del mar, completamente desperdiciadas!

¡Qué suaves alientos, qué dulces suspiros dispersos en los aires y que pudieran haber sido recogidos por labios ardientes y apasionados!

¡Qué horrible sarcasmo del destino!

Lo que tantos otros habían deseado afanosamente, se me ofrecía á mí, que ni quería ni podía aceptarlo!

Entraba algunas veces en la habitación de Rosita cuando estaba en la cama, no tantas como ella hubiera querido, tengo esa seguridad, y esta era

una concesión que se me hacía así como me hubiese hecho otras muchas si hubiese querido, pero ¡cómo ha de ser! la mujer más hermosa no puede dar más que lo que tiene y lo que yo podía darle á Rosita no podía serle de gran utilidad.

Ella me tendía su mano, yo la aproximaba á mis labios con verdadero placer porque era una mano monísima, pequeña, suave, perfumada y ligeramente húmeda y yo la sentía estremecerse bajo el contacto de mis labios.

Rosita, silenciosa, con suplicante expresión, me miraba, impregnada aquella mirada de voluptuosidad y de vehementísimos anhelos, hasta que después volvía á dejar caer la cabeza sobre la almohada, quizás despechada por mi actitud.

Veía á través de las ropas del lecho como su seno se estremecía y como todo su cuerpo se agitaba bruscamente.

Cualquiera otro se hubiera atrevido bastante, y positivamente que ella le hubiera quedado agradecida por semejantes atrevimientos, pero yo permanecía una ó dos horas con ella hablando y nada más.

Pero esta situación iba prolongándose más de lo natural.

Dos cosas debían sorprenderla en mí, puesto que se encontraba en presencia de dos contradicciones que no podía conciliar.

Estas eran el calor de mis palabras y la frialdad de mis acciones.